

RAQUEL BOBES

• • • •

VEINTICINCO ROSAS

narrativa



Primer día

A diferencia de septiembre, un mes cálido y apacible, las temperaturas en octubre alternan con frecuencia, pues el otoño, una estación en que la Tierra cambia su trayectoria orbital respecto al Sol, origina noches más largas, clima frío, tardes breves y mustias. Los velos de las nieblas se extienden en nubes pañosas; las verdes hojas de los árboles se transforman en ocre y luego caen, vuelan y se enmarañan en remolinos. Al cruzar los parques de las ciudades, el follaje es pisoteado y cruje como el estallido de una nuez. En las aldeas, las fincas de labor sienten la llegada próxima del tractor o del arado y se preparan para soportar el olor fétido del estiércol, que esparcen la máquina o el campesino con gesto cansino y pesado. Las laderas de los montes, habitadas por robles, pinos y eucaliptos, adoptan otros tonos y aromas, y los bosques de castaños lucen orgullosos la candela amarillenta de sus frutos. Las chimeneas de las casas campesinas se visten de un color ceniciento, cuajado de tristeza, y ondean al viento banderas de humo que se desvanecen menudamente.

A mediados del octubre que nos ocupa, un frente gris y brumoso entró por el occidente y, enfriándose

tercamente, recorrió la península de norte a sur; llegó al centro con temperaturas tan gélidas que sorprendió incluso a los meteorólogos. Algunos excursionistas que se deleitaban con los paisajes de la Pedriza y de Peñalara se vieron atrapados entre la nieve, y varias patrullas de salvamento se arriesgaron para rescatarlos. Un extranjero que fotografiaba la geografía madrileña resbaló cuando estaba buscando una perspectiva de la impetuosa corriente del chorro de San Mamés y, aunque se apoyó en el bastón de montañero, cayó al arroyo. Se rompió una pierna, y como había perdido el teléfono móvil, se vio obligado a arrastrarse como un perro hasta que alcanzó el sendero. Un zagal que pastoreaba sus ovejas escuchó los gritos y lo socorrió.

En la capital, las calles amanecían desiertas y silenciosas a causa del frío que resonaba en esquinas y balcones. Lentamente, los obreros asomaban sus cabezas por las bocas de Metro y caminaban presurosos hacia su lugar de trabajo, no tanto por afán laborioso como por el deseo de hallar un lugar cálido. Taxis y autobuses resoplaban y participaban con sus bocinazos en el fragor diario de la gran urbe, que se desperezaba de los sueños nocturnos, repletos de fracasos o de éxitos. En algunas callejuelas, arrancaban las máquinas ruidosas que, aun cuando pareciera que buscasen un tesoro que no hallaban jamás, abrían zanjas para actualizar la red eléctrica o instalar la fibra telefónica. El tesoro, en realidad, lo

encontraba el alcalde, quien cobraba un jugoso porcentaje por cada obra que se iniciaba en la ciudad.

En la calle de Roberto Calvo, en Madrid, existía una taberna que servía de refugio y consuelo a policías, oficiales e inspectores de la comisaría aneja. Estaba regentada por un matrimonio de Ávila, tan laborioso como afable. La mujer, doña Asunción, preparaba los churros y las porras a primera hora de la mañana; el marido, Paco, servía cafés hasta las doce. A esa hora, la dueña cocinaba tortillas de patata tan apetitosas que desaparecían en la garganta de los clientes como por encanto. Hechas, servidas y engullidas por los policías, los profesores del instituto cercano, los obreros que reparaban la fachada de un edificio y otros parroquianos. Al mismo tiempo que preparaba el pincho de mediodía, la jefa bregaba en la cocina elaborando un menú distinto cada día, que cobraba a quince euros. Les traían los garbanzos de la Sagra, el arroz de la Albufera, los chorizos de Tinéu y el vino de Cebreros, donde tenían una casa a la que acudían todos los sábados por la tarde, una vez finalizados los almuerzos; regresaban a primera hora del lunes para servir los desayunos. Incansables, trabajaban como explotados; aunque ganaban mucho dinero. Comentaban a veces con los clientes que no sabían qué harían cuando se jubilasen, ni a quién dejarían el boliche, porque los hijos no estaban dispuestos a vivir como esclavos. No eran partidarios de los viajes; porque, con

arreglo a las palabras de la dueña, no entendían de pintura, ni de teatro, ni de paisajes: «Para catedrales y puestas de sol ya tengo las de mi pueblo, que no las hay más hermosas en todo el mundo. ¿Para qué me sirve a mí conocer París? ¿Qué más me da que me enseñen catedrales famosas si no entiendo nada! Piedras y más piedras. ¡Anda que no hay piedras en Cebreros!».

En dicha tasca desayunaban habitualmente el inspector de policía Aurelio Campo del Río y su compañero, el subinspector José Alejo Quintanar Villanueva. El primero (un cincuentón que siempre iba pulcramente embutido en un traje azul marino, se abrigaba con un borrego que se parecía al que llevaba el detective de una famosa serie de televisión y se cubría la cabeza con un sombrero de lana) se mantenía en buena forma, pues todos los días corría cinco kilómetros a primeras horas de la mañana, se duchaba luego con agua fría y tomaba un café antes de salir de casa. Estaba divorciado y, aunque transfería mensual y religiosamente la paga de alimentación para sus dos hijos, apenas los veía, puesto que la madre se los había llevado a la casa familiar que tenía en Cantabria. Aurelio había cometido un «desliz» con una compañera de trabajo, y su esposa, enterada del asunto, se vengaba con razón. En cambio, su compañero de fatigas desde unos días atrás, Pepe Quintanar, acababa de integrarse en aquella comisaría a comienzos de mes y no parecía familiarizado con el clima de la capital.

Vestía una chaqueta otoñal, pantalón de pana y zapatos negros. De robusta constitución, era más joven que Aurelio, más alto y gallardo. Tres días a la semana acudía a un gimnasio, donde practicaba el kárate. Durante ocho años había tenido una novia, Feli, pero no se habían casado. Aburridos de aquella situación, hablaron un día a calzón quitado, se acusaron del fracaso y decidieron separarse. Desde aquel equivocado noviazgo, se había acostumbrado a la soledad y, aunque mariposeaba con unas y se acostaba con otras de vez en cuando, notaba la soledad, como los árboles del bosque, tan juntos unos a otros y tan desconocidos entre sí. Además, aquel trajinar —yendo a discotecas, bebiendo, contando siempre los mismos chistes y las mismas historias— lo cansaba, y deseaba hallar una mujer con la que congeniase.

Semanas después de la ruptura de aquella relación, estaba tomando una cerveza en una terraza y leyendo un libro sobre el teatro de Grotowsky, porque la teoría del teatro pobre del autor polaco siempre le había fascinado, cuando se le acercó un tipo que se acomodó rápido a su lado. José Alejo miró de reojo y el otro, sin ton ni son, comenzó a preguntarle si se llamaba de tal modo; Pepe respondió que sí, aunque precavido, y el intruso empezó a farfullar, sonriendo e incluso carcajeándose: «Hombre, ya me parecía que eras tú. Felicidad me habla mucho de ti. Me dice que eres muy buena persona». Aquel sujeto le hablaba de su novia, y, al mismo tiempo que metía la

manaza en el plato de avellanas que habían servido de aperitivo, le contó que había salido de la cárcel de Alcalá y necesitaba alguna ayuda para «ir tirando, porque en la desgracia se conoce al amigo, según decía el cura de la cárcel todos los domingos». Aquello olía a chamusquina y Quintanar se puso en guardia, temiendo un atraco. Sin embargo, el individuo metió de nuevo la garra en el plato y engulló las avellanas masticándolas con avidez; enseguida, sacó un pitillo, lo encendió y siguió hablando del asunto. A causa del aire, el humo del cigarrillo se desplazaba hacia el rostro de José Alejo, quien estaba incómodo porque había estado enviciado en el tabaco. Entretanto, su compañero de mesa daba profundas caladas y, según expulsaba el humo, entornaba la cabeza para no molestarse los ojos. Quintanar estaba a punto de marcharse, porque no aguantaba aquella broma pesada, pero el gañán asió el cigarrillo con la mano izquierda, se lo quitó de la boca y continuó la cháchara: «Me cuenta muchas cosas de ti. Dice que nunca follasteis. Pues no sabes lo que te has perdido por dejarla virgen. Es curioso: me ha pedido que desvirgue también a una amiga suya que es tan fea que nadie se la quiere cepillar». Una ciclópea carcajada cerró el discurso, pero Quintanar debía seguir oyendo: «Cuando la desvirgué, sangraba... ¡Cómo sangraba! Y ahora folla como una loca, me tiene cansado de tanto follar. Me dice que quiere leerme todas las noches el *kamatusa*... *kama*... no sé